

que su proyección en este mundo postkafkiano pero nada orwelliano no ha enriquecido su patrimonio de experiencias, no ha ampliado su visión del mundo salvo haber llegado a la convicción del triunfo del apócrifo concepto d'orsiano del "oscurezcámoslo".

La reunión de Leicester no es reciente; me parece ya un tanto alejada de la realidad británica de este penúltimo decenio del siglo xx pero, como se ha comentado —y desgraciadamente seguirá comentándose— en estas páginas de la visión "retro" de la investigación que nos ofrece en sus traducciones nuestra industria editorial hay razones para comenzar a pensar que nuestro mundo administrativo no marcha por cauces muy distintos, si bien su manantial sea la fase intermedia de la "traducción francesa".—ALBERTO BALIL.

D'ANDRIA, F. (ed.), *Informatica e Archeologia Classica*, Galatina, Congedo, 1987, 4.º, 352 pp. (=Università di Lecce, Scuola di Specializzazione in Archeologia Classica e Medievale. Archeologia e Storia, II).

Este volumen corresponde a las actas del homónimo "encuentro" celebrado en Lecce (12-13 de mayo de 1986), bajo el patrocinio de la Universidad de Lecce, la "Scuola Archeologica Italiana di Atene" y el "Istituto per la Storia e per l'Archeologia della Magna Grecia".

Reunión y actas pueden dar una idea cabal de, en contra de lo supuesto por algunos, lo habitual de uso de ordenadores en Arqueología Clásica y cuan erróneo es ver en ellos algo privativo y exclusivo de la "New Archaeology". Me atrevería a decir que si este uso no se ha difundido más ha sido debido a lo prohibitivo de los ordenadores en los centros de Arqueología Clásica y a la monomanía por circunscribirlos al ámbito de las llamadas Facultades de Ciencias o los "Centros de Cálculo" donde se han reducido a ser una poco adecuada herramienta de la parafernalia burocrática universitaria.

Quizás quien desee entrar en el estudio del campo de las "posibilidades" del uso de ordenadores en Arqueología Clásica debiera iniciar la lectura de este volumen con la comunicación de R. Ginouves sobre "el caso francés", es una recapitulación de una experiencia que, como toda experiencia, podría evitar el incurrir en nuevos errores que no son sino los mismos en otro país.

Es obvio que muchas de las experiencias analizadas en este volumen no se hallan al alcance de un Departamento que no dispone más que de un ordenador personal o el arqueólogo que dispone, simplemente, de un "matamarcianitos". Unos proyectos como los de Paolo Sommella para la "cartografía arqueológica cumputerizzata" requieren cuando menos de un tipo de ordenador sólo asequible en un Instituto cartográfico.

Los programas "numismáticos" han alcanzado una cierta difusión, incluso en países que carecían de experiencia previa en la utilización de ordenadores, pero convendría se advirtiera la necesidad de utilizar fichas adecuadas. No se puede pretender utilizar fichas de un centro cuyas catalogaciones se basan en RIC junto con otro que se ha limitado a utilizar la primera edición de Cohen. Esto sonará a elemental, lápalisiano o perogrullesco pero el caso es que se está haciendo y, al parecer, se espera obtener de ello un resultado coherente. Una comunicación general sobre "lo que no se puede hacer" con un ordenador, o "hacerle" al ordenador, no habría estado demás, especialmente en un momento en que el neófito de la informática parece hallar la piedra filosofal y al que alude D'Andria en su "presentación". Lo compleja que puede y debe ser una ficha lo muestra claramente la relación de la Sra. Guimet-Sorbiers. El trabajo de Gottarelli muestra cuan útil puede ser un ordenador en una excavación, no el terminal "a pie de obra" que exigían algunos fanáticos de las supraestructuras de la "New Archaeology". Incluso el "modesto" modelo de Letizia Gualandi, Andreina Ricci, etc.

Quienes no piensen exclusivamente en arqueología de campo sino en algo más inme-

diato como la catalogación de conjuntos o fondos pueden ser consultadas las comunicaciones de Masiero (cerámica cassita), Gasparri (colecciones de escultura) o Franca Badoni (pintura pompeyana). Un ejemplo de "data bank" es, sin duda, el índice de CVA cuyos resultados como instrumento de investigación son ilustrados con algunos ejemplos.

El volumen es misceláneo en autores, temas y posibilidades. Algunos ejemplos nos tememos que entren más en el campo de lo excepcional que de lo cotidiano, otros son extremadamente complejos. Otros son más accesibles y con ciertas modificaciones pueden atender a necesidades más simples. En resumen, un libro que es conveniente leer aunque sea a puro título informativo.—ALBERTO BALIL.

JONSSON, M., *La cura dei monumenti alle origini. Restauro e scavo di monumenti antichi a Roma 1800-1830*, Stokholm, Svenska Institutet i Rom, 1986, 8.º, 190 pp., 117 figs.

Una parte de nuestra imagen actual de los monumentos de Roma, concretamente la que diferencia el estado de cosas que cambian la visión de Piranesi de la fotografía de Alinari, es consecuencia de la labor realizada durante el primer tercio del siglo XIX.

El nombre de Valadier, y su obra, ha llevado, en demasía, a asociar este cambio con la denominación francesa el "reino de Roma" napoleónica. Se olvida que ésta cubrió apenas un sexto de este período, entre 1809 y 1814 y que la obra de Valadier se desarrolló con mayor amplitud tras la restauración que se hizo durante la ocupación francesa. Si esta labor debe asociarse con una figura política ésta es la del Papa Pío VII, como soberano temporal, si a una institución ésta es la Accademia di San Luca y el nombre de Valadier, más activo tras la restauración que durante la ocupación francesa, no puede ocultar la dirección de Fea, la labor de Giardini, de Camporesi, de Canova o de Stern.

La visión de Pío VII, establecida en la legislación de 1802 y reexhumada tras la restauración tendía al conocimiento, recuperación y estudio del monumento. La Administración napoleónica, teledirigida desde París, atendió preferencialmente al urbanismo y su culminación en una *nova imago urbis* que fuera la apoteosis del Imperio. En este sentido no se resiste la comparación entre la visión, y ejecución, napoleónica y la mussoliniana incluida la concepción de la "obra pública" como lucha contra el paro. En lo mejor de sus propósitos la Administración francesa quiso hacer de Roma una artificiosa capital comercial, mientras la visión de Pío VII y sus consejeros, se centró en una Roma que no podía ser tal pero que era y debía seguir siendo un centro artístico y cultural. Incluso los trabajos emprendidos previamente a la celebración del Año Santo de 1825, dentro de este propósito, contemplaban ya a Roma como un "centro de atracción de forasteros" donde se uniera la espiritualidad religiosa y la estética.

Este, en líneas generales, podría ser el resumen de este libro. Hay que tener en cuenta que la documentación, pontificia o napoleónica, es abundantísima. Es posible conocer las alternativas, entusiasmos, interrupciones prolongadas y nuevas empresas con un extraordinario detalle, los modos de trabajo, el reclutamiento de la mano de obra, incluidos los habituales penados, o las condiciones de trabajo, alojamiento y manutención de la misma. Las interrupciones no suponen un cambio radical en los centros de interés. Bastará recordar la prolongadísima labor en el Colosseo, sus complejos endamiajes o la construcción del característico espolón en el extremo oriental. Otro caso será el del aislamiento del Pantheon, manteniendo su función como lugar de culto y sin suprimir los entonces tan denostados y hoy añorados, campanarios de Bernini, o la labor en el Foro Romano con el sucesivo aislamiento de los arcos de Septimio Severo, Constantino y Tito.

La Administración napoleónica de la "città imperiale e libera" de Roma, directamente vinculada al emperador, que acaso soñara en convertirla en residencia propia, y "segunda